

SESIÓN: GENEALOGÍAS DISIDENTES

“A mí, ¿qué más me da? Y si a él le da gusto...”¹

Antes de que nacieran las identidades LGBT

Javier Ugarte

Palabras clave: inversión, perversión, marica, maricón, bollera, España.

Contenido de la comunicación

Las identidades de lesbiana, gay, bisexual y transexual aparecieron en España en la década de 1970 a partir de la convergencia de dos procesos: por un lado la influencia recibida desde otras democracias occidentales, en especial Estados Unidos y Reino Unido; por otro lado surgieron de la transformación interna de la sociedad española. Desde finales del siglo XIX, antes de que los homosexuales se identificaran como gais, lesbianas, bisexuales y transexuales, en España se utilizaban otras denominaciones. Por la parte masculina la población hablaba de maricas (o sarasas) y maricones (o bujarrones) y, en menor medida, de locas, señorones y señoritos; no obstante los médicos y sociólogos empleaban términos tomados de la tradición culta o de la naciente psiquiatría para nombrar a estas personas; por ejemplo se referían a ellos como uranistas, monomaníacos, ícubos y súcubos (entre otros). En relación con las mujeres las denominaciones populares eran bollera, tortillera o machota aunque juristas y sociólogos preferían aludir a ellas como tríbade macho y tríbade hembra mientras calificaban su unión como pareja sáfica².

Estas identidades se hicieron visibles durante las dos primeras décadas del pasado siglo, tanto en la vida urbana como en los medios de comunicación, en un proceso de liberalización de las costumbres que se denominó “la ola verde”; tal fenómeno sobresaltó a unos conservadores que, como sucede siempre, temían las liberalidades que traían los nuevos tiempos. La aparición de estas identidades homosexuales y de la ola verde se explican porque la economía española se desarrolló

¹ Max Aub: *La calle de Valverde* (1961: 351).

² Una ampliación de estas ideas se puede encontrar en Javier Ugarte Pérez (2011): *Las circunstancias obligaban. Homoerotismo, identidad y resistencia*. Barcelona-Madrid, Egales.

de manera acelerada durante tres décadas y permaneció neutral durante la Primera Guerra Mundial, lo que convirtió al país en refugio de adinerados de los Estados europeos en conflicto (que fueron la mayoría) que deseaban pasar sus días sin sobresaltos. Por ello en esas décadas también floreció la cultura en un periodo que se conoce como “Edad de Plata de las letras y ciencias españolas”. La Edad de Plata se inició en 1898 con la repatriación de patrimonios y personas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, tras la independencia de esos territorios; el proceso se acentuó en los años del conflicto mundial y concluyó en 1936 con el estallido de la Guerra Civil. Paralelamente en esas décadas se incrementaba la emigración a las capitales de provincia y ciudades industriales y, en especial, a Madrid y Barcelona. Por supuesto las cosas empeoraron para la mayor parte de la población, con independencia de sus preferencias sexuales, durante la Guerra Civil y la larga dictadura que siguió.

Las identidades homosexuales que dominaban la escena se pueden describir así: el marica era un varón afeminado de clase baja que solo intimaba con otros varones (esto es, era exclusivamente homosexual) y desempeñaba oficios pobremente remunerados como peluquero, ayuda de cámara e, incluso, empleado de burdel femenino. Su complementario era el maricón, también de clase trabajadora pero de actitud masculina por lo que podía estar casado y tener descendencia, aunque si permanecía soltero y se prostituía se denominaba “chulo”; los maricones trabajaban en los oficios habituales en su entorno y medio social, caso de albañiles, mozos de carga y tenderos, entre otros. Tanto los maricones como los chulos se consideraban heterosexuales porque mantenían un rol activo en la cópula con otros varones a la vez que intimaban con mujeres. Pese a la condena social, maricas y maricones se deseaban y buscaban en ambientes populares y concurridos como determinados bares, billares y cines o bien en lugares solitarios y apartados, caso de urinarios y parques.

Para exponer las décadas previas a 1970 no cabe hablar de transexuales sino de travestis (en los expedientes franquistas: “invertidos con pechos”) que hacían de la inversión un modo de vida ocasional. La razón se debe a que la cirugía aún no podía reasignar el sexo de nacimiento, como hace en la actualidad; además un varón que se travestiera de manera permanente no encontraría empleo. Lo frecuente era que algunos maricas se vistieran de mujer durante los días de carnaval o para ir a determinados espectáculos o, cruzando un límite de difícil retorno, para dedicarse a la prostitución en burdeles femeninos; en la calle no podrían hacerlo porque serían detenidos por escándalo público. No obstante algunos comenzaron a hormonarse por su cuenta en los

años sesenta. Las identidades anteriormente mencionadas aparecen en obras de escritores de los tres primeros tercios del siglo XX como Pío Baroja, Álvaro Retana, Max Aub y Camilo José Cela, entre otros, así como en informes sociológicos y archivos policiales³. Estos escritores incluyen personajes con las características mencionadas de manera festiva (Retana), neutra (Baroja, Aub) y, en algún caso, expresando una homofobia sin paliativos (Cela). Resulta destacable que las identidades y denominaciones mencionadas hayan permanecido invisibles para gran parte de los estudiosos de la sexualidad, pese a la reputación y popularidad de los autores mencionados⁴.

Las nuevas identidades homosexuales visibilizaban y exacerbaban un temor muy extendido a finales del siglo XIX: que la población degenerara debido a la creciente masificación urbana, mala alimentación y falta de higiene de innumerables viviendas y barrios obreros. Las autoridades temían que la suma de tales problemas generara un caldo de cultivo tanto para enfermedades contagiosas (tuberculosis, neumonía, gripe) como mentales (depresión, psicosis). También sospechaban que el nuevo anonimato creado por la gran expansión urbana y la concentración de obreros en fábricas y en redes de transportes estimulaba la aparición de movimientos socialistas y anarquistas como los que habían protagonizado la Comuna de París en 1871; parecidos movimientos desencadenaron en 1917 la Revolución rusa. A la vez el anonimato de las grandes ciudades era aprovechado por delincuentes de poca monta para disimular sus fechorías. Dados tales hechos se puede sostener que las clases gobernantes de Europa aprobaron leyes que penalizaban el homoerotismo (o las actualizaron allí donde ya existían) con el fin de disponer de un instrumento de control de los medios populares con el pretexto de combatir una lacra social; en general es lo que sucede con los conocidos como “delitos sin víctima”.

Desde el punto de vista degenerativo se consideraba que los maricas eran invertidos incapaces de modificar sus gustos y manera de ser mientras los maricones eran pervertidos que podían relacionarse tanto con maricas como con mujeres. Según las autoridades los pervertidos buscaban a los invertidos porque los maricones se inclinaban al vicio o deseaban obtener ganancias fáciles (en el caso de los chulos); sin

³ El día de la ponencia se citarán obras de estos autores que mencionan las identidades homosexuales aludidas.

⁴ Entre quienes han ignorado tales identidades cabe destacar a Michel Foucault. Por supuesto la afirmación se refiere al contexto francés que Foucault conocía y donde es de suponer que existieran figuras similares a las españolas, puesto que España y Francia son países de parecida cultura y estructura socioeconómica (más similares de lo que cualquiera de ellos puede ser a Estados Unidos, por ejemplo).

embargo la opinión de los pervertidos casi nunca se recoge, ni tampoco la de sus esposas. Se esperaba que la represión de los maricas, que solo podía obligarles a la castidad porque sus tendencias eran incorregibles, sirviera de aviso a los maricones para que normalizaran su conducta y abandonaran placeres prohibidos. Por otro lado la represión no se cebaba de igual manera con ambos: en caso de presentarse acusados de homosexualidad ante un juez los invertidos eran más castigados por su afeminamiento y soltería. En cambio los pervertidos solían ser absueltos, después de que el juez les amonestara, en base a un aspecto masculino que les servía para alegar que habían sido confundidos por el afeminamiento de los invertidos. Pero, sobre todo, eran liberados en consideración a sus responsabilidades familiares; esto es, a la necesidad de mantener a su familia. Pese a ello tendrían problemas si reincidían porque su actitud mostraría rebeldía, lo que afectaba especialmente a los chulos (y, por supuesto, a los maricas).

En la parte alta de la escala social se encontraban locas y señorones. Las locas eran varones cosmopolitas de actitud afeminada que podían trabajar en el mundo de la cultura y los medios de comunicación, como hacía el propio Álvaro Retana. Por su parte al homosexual masculino de clase alta se le denominaba “señorón” y a menudo regía un negocio, por lo que era frecuente que contratara a homosexuales jóvenes para intimar; paralelamente cultivaba la imagen de solterón impermeable a las presiones que recaían sobre el conjunto de la población para casarse y tener descendencia. Locas y señorones podían relacionarse entre sí o bien buscar pareja con varones de las clases inferiores; en ese caso los señorones se relacionaban con maricas y las locas con maricones (o con chulos mediante pago), aunque su diferente estatus conllevaba que los vínculos fueran breves. Locas y señorones raramente tenían problemas con la policía, dada su buena posición y contactos. Así, si resultaban detenidos por ser descubiertos en una situación comprometedoras eran liberados en pocas horas sin cargos, al contrario de lo que les sucedía a los homosexuales en situación precaria; por ello su existencia se conoce sobre todo por fuentes literarias. Finalmente cabe mencionar a los señoritos, jóvenes de clase media y actitud ambigua en el sentido de que tanto podían optar por un rol sexual activo como pasivo, ascender socialmente o descender. Su situación se definiría con el tiempo aunque en su juventud era frecuente que trabajaran para unos señorones que los iniciaban en el homoerotismo; de esa manera ambos encubrían las apariencias.

Por su parte las bolleras o tortilleras solían ser mujeres de clase baja y actitud masculina mientras las trébedas hembra (actualmente se denominarían *femmes*) también eran de clase baja pero de aspecto femenino. Cuando se constituían parejas estables

(más frecuentes en su caso que las formadas por varones) sucedía que, a menudo, las primeras mantenían a las segundas porque, lo habitual en la época, era que las jóvenes renunciaran a su empleo tras contraer matrimonio. Ambos tipos de mujeres se conocían en fiestas populares como verbenas o en centros de trabajo donde predominaba la mano de obra femenina, tanto en el sector secundario (por ejemplo en industrias agroalimentarias o de tabaco) como en el terciario (comercio). En su caso la represión, que era menos incisiva que en el caso de los maricas, se concentraba sobre las tortilleras y se expresaba como encierro en instituciones de salud mental y reposo, tras lo cual eran cercadas por el silencio; en cambio durante el franquismo los maricas se veían rodeados por el escándalo que conlleva la publicidad de sus prácticas y el encarcelamiento, aunque las décadas previas a la dictadura de Franco fueron menos represivas. En general las autoridades de todos los países han reprimido con mayor énfasis la homosexualidad masculina porque afecta a unos varones que deben ser soldados valientes, cabezas de familia solícitos y trabajadores responsables.

Sin embargo resulta más difícil documentar las relaciones íntimas entre mujeres de clase alta, tanto por la escasez de testimonios literarios como de condenas policiales. Por fuentes indirectas cabe suponer que, de jóvenes, se conocían en internados femeninos en unas décadas que contemplan un fuerte auge de la educación universal. En época adulta podían coincidir en ambientes artísticos (caso de compañías teatrales) y clubes deportivos, habitualmente de atletismo o natación. El hecho de que se fortalecieran mediante el deporte y pospusieran el matrimonio y la maternidad constituía para muchas personas un indicio de que tenían inclinaciones homoeróticas. De lo anterior se deduce que la identidad resultaba de sintetizar dos variables: la clase social y una actitud coincidente con el género o discordante respecto al mismo. Resultaban conformes con su género los maricones por masculinos y las *femmes* por femeninas, pero discordaban tanto tortilleras como maricas y locas; paralelamente se suponía que la actitud siempre concordaba con el rol que se desempeñaba en la intimidad.

Las identidades mencionadas resurgieron brevemente durante la Transición (1977-1982) como testigos y herederos de las décadas previas; como ejemplo de ello en las fotos de la época se ve a maricas, tortilleras y travestis encabezando las manifestaciones que solicitaban el fin de las leyes discriminatorias porque estaban habituados a mostrarse públicamente (pese a la represión). Sin embargo su ciclo sociológico ya había concluido porque el país se había transformado profundamente en

los años previos, lo que minó las bases del franquismo y comprometió su futuro. Por ello y a medida que maduraba la democracia, maricas, maricones, locas, señorones, señoritos y tortilleras fueron reemplazadas por las identidades de gay, lesbiana, bisexual y transexual. La clase social de referencia para las nuevas identidades es la clase media porque el salto económico experimentado por España desde 1960 amplió considerablemente el número de quienes se formaban en facultades universitarias y recibían salarios acordes con su preparación; un proceso similar se documenta en el conjunto de países occidentales. Quienes integran las identidades LGBT muestran un aspecto acorde con su género y su rol sexual es versátil, lo que constituye una síntesis de los extremos de actividad o pasividad entre los que se veían obligados a elegir los homosexuales de las décadas previas.

Ambos tipos de identidades (por un lado maricas, tortilleras y travestis; por el otro, lesbianas y gais) mantienen diferentes estatus socioeconómicos, visión del mundo e imagen pública. Tales divergencias explican la incomunicación y la aparición de malentendidos entre sus representantes; por ejemplo el disgusto que sentían muchos gais (documentado en innumerables textos y entrevistas de los años setenta y primeros ochenta) ante el protagonismo que adquirirían los maricas en las manifestaciones, tanto a la hora de encabezarlas como en la atención que les prestaban los medios de comunicación. Paralelamente cabe suponer que en tales concentraciones no abundaban los maricones porque no se consideraban homosexuales. Los gais, en la normalidad que ya entonces presentaban y defendían ante el conjunto de la población, se sentían invisibilizados por los maricas. Por su parte las lesbianas se sentían parodiadas por la exuberante feminidad que mostraban los travestis. En cambio los maricas y las tortilleras, que habían visibilizado la pervivencia del homoerotismo durante los tiempos de la dictadura y sufrido por ello la represión, comenzaron a sentirse ninguneados en los nuevos tiempos. Paralelamente en las ciudades los lugares de encuentro de maricas y maricones, tortilleras y *femmes* fueron reemplazados por negocios dirigidos al público LGBT; así los clubes con espectáculos de travesti, que eran habituales en Madrid durante la Transición y los primeros años ochenta, actualmente casi han desaparecido (como ha sucedido con su público).